

La Conversacion Infinita de Luis Emilio Soto

Un Texto Sobre Oliverio Girondo

SIEMPRE QUE EVOCO a Luis Emilio Soto, lo imagino en el centro de la animada tertulia que lo envolvía, hilando una charla que brotaba inagotable -- ingenio, oportunidad verbal, generosidad de la memoria -- de su experiencia sobrecargada y de su intenso vivir rioplatense o de su condición de testigo: navegación de medio siglo en el oleaje literario de Buenos Aires. Eso sí, como espíritu superior bien cimentado en sus goznes, jamás se convertía en el plúmbeo centro obligado de sus temas, ni abrumaba a los auditores con hipérboles enfermizas del yo.

Varón discreto -- eso era.

Su paso por la Universidad de Michigan constituyó para los estudiantes de Literatura Hispanoamericana una oportunidad más que valiosa de contacto con un hombre que trató y disfrutó de la amistad de las grandes figuras bonaerenses, de Güiraldes a Borges, de Girondo a Molina. Un ex-combatiente que guardaba las cicatrices de Boedo y Florida.

Las clases de Luis Emilio, más que animadas -- evitaba la erudición de leña seca y sabía esquivar el culto de la preposición y del gerundio --, eran una fiesta de sesenta minutos, en que experiencias y anecdotario significativo, fina percepción de los fenómenos literarios y rara capacidad analítica se daban un abrazo sostenido. Jamás la clase se le hizo larga o tortuosa -- como ocurre con el pedagogo machacón y cansino -- : el tiempo fluía en una conversación más, a la que Soto atraía con exposición fácil y amena, imaginativa y humorística (cuando sonreía y entrecerraba los ojos dejaba ver al gaucho que lo habitaba).

Como en el caso de otro campeón de la charla que solíamos evocar con Luis Emilio Soto -- Ricardo A. Latcham --, la obra escrita de nuestro amigo argentino se hizo breve y escueta porque su persona se hallaba en centro natural en la voluta de la conversación ingeniosa y en la entrega a sus interlocutores. Prefirió, muchas veces, *decir* lo que debió dejarnos por escrito, con tinta firme. Dejó sólo un libro, *Crítica y estimación*, que las "Ediciones Sur" dieron a conocer hace más de treinta años. Al morir, tenía entre los dedos los hilos de dos obras casi concluidas, pero eran infinitas las que escribió en el cielorraso de su cuarto o estampó en el aire de sus charlas. Junto a las páginas concretas o "reales" quedaron -- aguardan recolección -- infinitos artículos y ensayos en veinte revistas de Argentina e Hispanoamérica. Son ellas, a pesar de su dispersión lamentable, el

testimonio de su infatigable tarea de medir y pensar la vida intelectual de su patria y del Continente.

Hace poco, entre mis papeles, se alzaron unas cartas tuyas junto al hoy rarísimo folleto -- Ediciones "La Campana de Palo" -- con que Luis Emilio, en días de ímpetu juvenil, fustigó al anémico *Zogoibi* de Larreta. Entre esas palabras vivas del amigo, una copia mecanografiada del ensayo que me envió desde Boston, poco antes de regresar a Buenos Aires -- viaje final: 1969 --, como testimonio amistoso.

Trata de Oliverio Girondo. Estábamos juntos en Ann Arbor, cuando supimos de la muerte del creador de *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* y recuerdo con exactitud el impacto emocional de la noticia en Luis Emilio, que veía desmoronarse una comunidad de muchos años. A la altura de los suyos, sentía que se iba quedando solo y que cada vez menos interlocutores acudían a sostener la conversación interrumpida en torno a una mesa dispersa.

Las breves páginas sobre el prodigioso inventor verbal y pastor de las vanguardias que fue Girondo son una concreta muestra del estilo de Luis Emilio y de la gracia con que supo esquivar la aplastante papelería historicista, en camino hacia una expresión original y vigorosa.

He copiado estas páginas de Luis Emilio con emoción, imaginándolo, a la vez, figurarse y desfigurarse en los volúmenes caprichosos del humo surgido de sus incontables cigarrillos -- esos que eran como el cayado de su charla : lo veo aún, entrecerrados los ojos socarrones, desgranando sin apremio la fiesta infinita de su palabra.

The University of South Carolina

JUAN LOVELUCK